

Pequeños relatos

La puerta cerrada

El Gobierno ha declarado paladinamente que el Gobierno anterior no sabía nada del **golpe militar**, y según ha asegurado el periodista Oneto, el anterior ministro de Defensa, señor Rodríguez Sahagún, había evitado cuatro. Es decir, que el **golpe militar** del que no se enteró, fue precisamente el que se produjo. Estó es de aurora boreal o de equinocio austral. Pero el ministro de Defensa actual, señor Oliart, se vio en la obligación de informar al Parlamento del sucedido en aquellos días históricos del 23 y 24 de febrero, que es un hecho democrático normal; pero por eso que se llama «la seguridad del Estado» y el respeto a las instituciones judiciales, se decide hacer la información a **puerta cerrada**. Esto es normal, y, por supuesto, constitucional. Los periodistas se enfadan, porque eso es su obligación, y el país acepta quedarse otra vez en Babia, porque el país, o el pueblo soberano, solamente interviene en las convocatorias electorales y en sus políticos ha depositado su confianza, su seguridad y su esperanza. Pero los políticos —los señores diputados— son incapaces de guardar un secreto porque la política es un morbo, y una libido, y una desazón, y allí se fueron, parece que en número de medio centenar, con grabadoras. Algunas eran europeas, visibles, y otras eran invisibles y hasta japonesas. El caso es que, perversamente, eróticamente, a escondidas, grabaron la información del ministro de Defensa, y en lugar de gozar luego con ella en casa, con unos amigos o archivarla para los libros de Memorias, algunos señores diputados se fueron corriendo a los periódicos y se las ofrecieron. Y los periódicos —naturalmente— publicaron el informe, excepto uno que está temeroso de que le apliquen la ley de Defensa de la Constitución antes de ser aprobada.

El espectáculo dice **bien** claramente con qué gentes nos estamos jugando los cuartos.

Aquellos que no hubieran estado de acuerdo en la reunión a **puerta cerrada** lo que únicamente, y decentemente, tenían que haber hecho es no asistir. Pero hacerlo y divulgarlo dice la **estatura** de los autores. Estos métodos son impropios de un país como el nuestro. Nuestra degradación contemporánea no tiene otros responsables que nosotros.

Luego ha resultado que «el informe Oliart» no es nada del otro jueves. Más o menos estaba distribuido en las informaciones de los periódicos, y sólo representaba un texto ordenado. Ni ha esclarecido los orígenes, la naturaleza y la extensión del golpe; ni ha delatado propósitos de organización en el supuesto de su triunfo, ni ha hecho un análisis de situación sobre la situación actual de las Fuerzas Armadas, haciendo exclusión de las personalidades militares implicadas en su fracaso. Habrá que suponerse el estado de ánimo del **poder judicial militar** después de esta occurrence indiscreción del Parlamento.

Nuestro país está alcanzando cotas inverosímiles de burla. En ocasiones pasó por mi imaginación la idea **razonadora** —y por ello utópica— de que productos literarios como Ramón Gómez de la Serna, o Valle Inclán, o Jardiel Poncela, y los humoristas Mingote, Máximo o Martínmorales, o ese gran pintor de **náff** que es Blasco, eran solamente imaginarios como resultado expresivo de la imaginación. Pero no era así. Ellos conocían el país mejor que los sociólogos o los filósofos. Ahora hasta amenaza con irse a los Estados Unidos ese crítico brillante que es Amando de Miguel, porque lo que ve es superior a su propio análisis-exacerbado. El resumen es éste. No se entera ni el Parlamento, ni el Gobierno, del golpe militar (Azaña conoció los dos antes, el de agosto y el de julio). Los meten los militares debajo de los bancos. Y un día se disponen a saberlo en secreto ¡Y nos enteramos todos!—**Emilio ROMERO**.